

Luis de la Palma



La Pasión del Señor



MATERIALES DE CUARESMA PARA LAICOS EN SALIDA

DE BETANIA A GETSEMANÍ

5^o Texto

Itinerario de cinco meditaciones para acompañar a Cristo hasta la hora de su prendimiento. Escritas a partir de los textos del P. Luis de la Palma. Preparadas por la parroquia de Binéfar, del arciprestazgo de Cinca Medio y La Litera, en la diócesis de Barbastro – Monzón.

5^a ETAPA (GETSEMANÍ)

(El lector, acompañado de sus íntimos o solo, procura colocarse ante un crucifijo e inicia su invocación:)

— En el nombre del Padre..., y del Hijo y del Espíritu Santo.

— Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. Envía, Señor, tu Espíritu... y renueva la faz de la tierra.

— Oh, Dios, que llenaste los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo; concédenos que, guiados por el mismo Espíritu, sintamos con rectitud y gocemos siempre de tu consuelo. Por Jesucristo Nuestro Señor... Amén.

(El lector, sentado, inicia dulcemente la lectura del texto).

— *La prensa de aceite de Jerusalén se encontraba a las afueras de la ciudad y para llegar a ella había que cruzar el barranco hondo y oscuro por el que desfilaba el torrente seco del río Cedrón. En la otra parte del torrente, en la falda del Monte de los Olivos y próximo a ellos, estaba el campo de la almazara conocido como Huerto de Getsemaní que, por ser un lugar solitario y apartado, lo había elegido el Señor en muchas ocasiones para hacer oración.*

Hacia allí iba Jesús rodeado de los once y les hablaba de lo que hacía sufrir a su corazón: “Hijos míos, voy a estar muy poco con vosotros. Me buscaréis, pero a donde yo voy no podéis ir vosotros”. Y les decía que iba a la muerte por propia voluntad, no a la fuerza, ni engañado ni por ignorancia; y como verdadero Dios, les anunció lo que había de ocurrirle a Él y a ellos: “Todos vosotros os avergonzaréis de mí esta noche, y huiréis, y me dejaréis solo cuando veáis lo que me sucede”. Pedro, que debía de ir a su lado para no perderse palabra, lo interrumpió y por más que ya el Salvador le había reprendido dos veces su excesiva impetuosidad, su exceso de confianza en sí mismo y su alarde delante de todos de que se dejaría encarcelar y hasta sería capaz de morir antes que abandonarle, sujetando la espada que llevaba oculta le afirmó: “Maestro, aunque todos se asusten y se avergüencen de Ti, yo no me he de avergonzar”. El Señor le profetizó: “Esta misma noche, antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres”.

Siguieron descendiendo por la pendiente de aquel camino tantas veces rodado por los carros cargados de aceitunas, y lo hacían

casi con lentitud porque el Salvador, retrasando su angustia, aún quería decirles muchas cosas antes de dejarlos. Habían hablado de traiciones, de torturas y de muerte, ahora deseaba animarles: “No estéis angustiados, confiad en Dios y también en mí. Voy a prepararos un sitio. Volveré y os llevaré conmigo. No os dejaré abandonados”. Les hablaba con frases cortas y fáciles de entender y de recordar: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Si me conocéis a mí, conocéis también al Padre, que me ha enviado”. Frases que lograran borrarles sus temores: “Si me amáis, os alegraréis de que me vaya al Padre. Amaos como Yo os he amado, permaneced unidos en mi amor”. Vosotros andaréis como fugitivos y asustados. Pero hay dos cosas que os pueden consolar: que Yo resucitaré al tercer día de mi muerte, y que, después de resucitado, os esperaré en Galilea, y allí me veréis, y al verme, “vuestro corazón se alegrará y nadie os quitará ya vuestra alegría”.

Jesús, al final de la cena, les había dicho: “Lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Y pediré al Padre que os mande otro defensor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad...”. Pero, no le habían entendido. ¿Cómo era eso? Ellos no querían a nadie más, le querían a Él; y sin embargo, les había dicho claramente: “otro defensor”. Ahora, se lo aclara. Sí, les va a enviar el Espíritu que procede del Padre, que estará permanentemente con ellos; “el Espíritu que les consolará y testificará de Él”; el Espíritu al que ya conocen como le conocen a Él porque vive en ellos y en Él; el que les enseñará y les recordará

todo lo que Él les ha dicho; el que les fortalecerá para defenderse de sus enemigos y dará testimonio ante el mundo de que Él es el Mesías; el Espíritu que “les guiará a la verdad completa”, aunque esto sólo lo captarán en su totalidad cuando la tristeza abandone su corazón, después de la Pascua, tras la vuelta de Jesús al que le envió.

Cuando llegaron a Getsemaní, debía de ser muy avanzada la noche, pues cuando Judas, después de tomar el trozo de pan mojado que le dio el Señor, había abandonado al grupo, ya “era de noche”, y todavía prolongó Jesús la conmemoración, y cantaron su acción de gracias; por otra parte, desde el Cenáculo, situado en la parte alta de Jerusalén, hasta Getsemaní debieron de tardar algo más de media hora. De modo que en ese momento serían muy probablemente, más de las doce, y si era así, ya era la Pascua.

Ya era la hora. Jesús, “nuevo cordero pascual del sacrificio iba a ser entregado y llevado al matadero”. Pero esto ocurriría no cuando lo impusieran los hombres, sino cuando Él quisiera, entrada la hora de esa Pascua que Él mismo había adelantado “para poder comerla con sus amigos”; y si antes retardó el paso camino de Getsemaní, no fue por evitar su encuentro con el príncipe de las tinieblas, sino por mostrar mayor amor a sus apóstoles hasta el último momento: “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos”, y por manifestar que iría voluntariamente a su Pasión a la hora que Él mismo designase. Así le ocurrió que, más tarde,

cuando “salió al encuentro de los que venían a prenderle”, no le reconocieron hasta el instante que Él determinó; después de decirles por dos veces: “Yo soy”.

Al llegar a la entrada del huerto, Jesús mandó a ocho de sus apóstoles que se quedasen allí; les encargó que velasen y que no se durmieran, que Él iba a hacer oración y que ellos hicieran lo mismo para no caer en la tentación. Y se fue más adentro del huerto con los otros tres, con Juan, Santiago y Pedro; pero también de estos se apartó “como un tiro de piedra”. Y estando solo el Salvador y sabiendo todo lo que había aceptado que le sobreviniera después, comenzó a sentir un terrible pavor y una angustia tan honda que le llenaban de tristeza. El Señor permitió a los enviados de las tinieblas que le atormentaran; permitió al miedo y a la angustia que oprimieran su corazón hasta el extremo, y lo hizo porque cuanto más participase de nuestros males, más partícipes nos haría de sus bienes, y también porque quiso demostrarnos así que era absoluta y verdaderamente hombre. Y lo era en verdad, porque pudiendo librarse de su suplicio, lo aceptó desde su debilidad humana y bastándole su voluntad divina para rechazarlo, deseó sufrirlo y cargar sobre sí mismo las culpas de todos los hombres.

Aquel Jueves Santo había sido un día muy largo, vivido con mucha intensidad: el caminar desde Betania, los preparativos de la cena pascual, el lavatorio de pies, la institución de la eucaristía, los

últimos consejos a sus discípulos..., Jesús estaba muy cansado. Estaba además, dolido por la traición de Judas, apesadumbrado por la despedida a su Madre, tenso por ocultar su preocupación para no agrandar la de sus discípulos, afligido por saber que sus amigos iban a negarle y a dispersarse, descorazonado por su pueblo elegido, al que tanto amó, dispuesto ahora a inventarle injurias, hacerle burlas, insultarle y azotarle, y angustiado al verse rodeado del odio de tanta gente furiosa como fieras y libres para hacer con él lo que su desprecio les dictara, hasta matarle clavado en un leño, entre dos ladrones y desnudo delante de todo el mundo. Así que cuando se quedó solo, lejos de todos, y pudo reencontrarse a sí mismo, lloró su angustia amargamente y le entró una extenuación y una tristeza tan intensas como la grandeza de su amor y de su determinación, y rezó: “Mira, Padre, mi tristeza; mira cómo mi enemigo se ha levantado contra mí”. Y recordó los salmos: “Mi pueblo se convirtió para mí en un león salvaje; lanzó su rugido contra mí”. “Me cercaron toros enormes; abrieron contra mí sus bocas rapaces”. “Me lo dijiste y lo supe; me hiciste saber sus maquinaciones. Yo quedé entre ellos como un manso cordero al que llevan a la muerte”.

Aquella tortura en su cuerpo y en su alma fue tan cruel que necesitó contárselo a los tres discípulos más queridos: “Mi alma está triste hasta la muerte”, es una tristeza tan intensa, siento tanto dolor, que estoy a punto de morir. Me muero de tristeza... Quedaos un poco aquí, os lo ruego, quedaos conmigo. Despertaos, no os durmáis. Hacedme compañía.

Jesús, al cargar con todos nuestros pecados y pagar por cada uno de ellos sin dejar uno, pudo ver todos los pecados cometidos por los hombres desde el comienzo del mundo y todos los que iban a cometer todavía contra Dios. Vio cómo, a pesar de dejarse asesinar por nuestra salvación, seguiría habiendo ofensas a la Divina Majestad y condenas eternas por el pecado. Y vio que iba a haber muchos que no conocieran su esfuerzo en favor nuestro y muchos otros que, conociéndolo, le mostrarían ingratitud y rechazo. Y aunque vio cómo sus elegidos luchaban contra la tentación y hacían penitencia y trabajaban por la Justicia, también vio injurias y persecuciones y martirios en los que le seguían a Él. Y este dolor y esta pena en su amor al Padre ofendido y a los hombres a quienes amaba fueron tan horribles, que estando de rodillas, cayó a tierra con la cara contra el suelo y empezó a rezar: “Padre, Padre mío..., si es posible, si Tú quieres...”, te suplico que no tenga que beber este cáliz de amargura. Pero, “no hagas lo que Yo quiero, sino lo que quieres Tú”.

El Salvador se levantó y se acercó a sus discípulos. Con el cansancio y la tristeza estaban dormidos. Se lamentaría el Señor al pensar lo vivo y despierto que andaba Judas en su traición, y lo perezosos y adormilados que estaban los suyos. Les despertó para que estuvieran alertas y rezaran, y a Pedro, que había asegurado defenderle, le dijo: “¡Pedro!, ¿tú también duermes? ¿Ni siquiera una hora has podido estar despierto conmigo?” Pedro no contestó y Él volvió a alejarse para seguir rezando: “Tú conoces la

humillación que padezco, mi confusión y mi vergüenza”, pero, “que se cumpla en Mí tu Voluntad”. Preocupado por su debilidad, volvió de nuevo donde estaban los suyos, y otra vez los encontró dormidos. Esta vez no les dijo nada por no avergonzarles. Bastante sabían ellos y nosotros que no tiene disculpa la poca compañía que le hacemos en su Pasión. Los dejó donde estaban y se volvió por tercera vez a rezar: “Cúmplase tu Voluntad, Padre, y no la mía”

Era tan grande la tristeza del Señor esta tercera vez, que san Lucas la llamó “agonía”. Cristo luchaba dentro de sí: por un lado estaba su natural rechazo del dolor que imaginaba terrible ante su inminente muerte, y por otro lado estaba su voluntad de obedecer al mandato de su Padre. Su espíritu, fuerte y dispuesto a morir, peleaba contra su carne y la animaba a que aceptase la muerte y obedeciera la orden de Dios. En esta congoja y en esta lucha, el Salvador hizo “más larga su oración” y se violentó a sí mismo con tanta fuerza, que algunas venas se le rompieron y le salieron a través de los poros de la piel “gotas de sangre que corrían hasta el suelo”. No sudó sangre por miedo, sino por la fuerza que puso en vencerlo, sudó sangre por la enorme fuerza que tuvo que hacerse a sí mismo para dominar la angustia que le aquejaba y obedecer a Dios.

Envío el Padre “un ángel para consolarle”. Para decirle a su Hijo que aceptaba su oración y su sacrificio porque de ellos provendría la salvación del mundo; que esa era su Voluntad.

Sabiendo Jesús que permanecía sobre Él la decisión tomada antes de todos los siglos, se incorporó, se acercó por tercera vez a los suyos y al verlos otra vez dormidos y que no se movían, les gritó: “¡Fuera ese sueño!” Ya no hay tiempo para dormir, ha llegado el momento en que voy a ser apresado.

Ya es Pascua en tu olivar, Getsemaní, y el Cordero de Dios clama en tu umbrío: No deseo este cáliz, Padre mío, mas, cúmplase tu voluntad en mí.

<i>(El lector, sentado, aguarda un instante de silencio y reza en voz alta:)</i>
--

— Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo..., como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.